

AL SOL.

En el espacio brilla eternamente
 Sacudiendo de fuego tu melena,
 ¡Flamante sol! que el alma tengo llena
 De ese tu fuego que abrasó mi mente.
 Deja, deja que ardiente
 Alce hasta tí mi espiritual anhelo,
 Porque mi alma, que oprime la tristeza
 Y es mas grande que tú, quiere expandirse
 En ese que iluminas, de pureza
 Inmenso cielo; y quiere saludarte,
 Para comunicar al contemplarte,
 Su grandeza inmortal á tu grandeza.

Aquí estoy, ya lo ves. Si son tus galas
 Por la mano encendidos de Dios fuerte,
 Esos rayos tan vívidos de fuego,
 A cuyo ardor solícito me entrego,
 Y es tu digno palacio
 Ese que miro inmensurable espacio,
 Yo quiero en tu palacio sorprenderte,
 Para decirte con audaz empeño,
 Que aunque grande te ostentas en los cielos,
 No me mires pequeño
 Porque piso la tierra que tú alumbras;
 Que si al fin con tus rayos me deslumbras,
 En orgullosa calma,
 Comprendo que es materia tu luz rica
 Para mi bienestar solo formada,
 Y que mi alma elevada
 Con tu Supremo Autor se comunica.

Mas no quiero humillarte: yo te admiro
 Cuando brillas flamígero en el éter,
 Al saber que una mano
 A los dos nos formó, y en un momento
 De amor á la creacion, el Soberano
 Señor del cielo y tierra,
 Monarca te aclamó del firmamento.

Ya reverente el valle te contempla;
 Ya el desierto espacioso
 Su majestad depone ante tu brillo;

Ya el mar besa tu planta,
 Y el volcán reventando henchir pretende,
 Al saludarte con salvaje acento,
 Con lava ardiente la region del viento;
 Que al presentarte tú, murió la noche;
 Cegaron las estrellas con tu lumbre,
 Y pasó ante tu trono, entumecido
 Y en tu luz confundido,
 Palideciendo sus fulgentes alas,
 El cometa atrevido.

Osténtate en los cielos despreciando
 En juventud perpetua,
 Los siglos que á tu espalda vas dejando.
 ¿Por qué hiela la mano de los tiempos
 De los hombres la vida?
 ¿Por qué de la beldad tan ruda mano
 La tez surca inclemente,
 Y no toca jamás tu altiva frente?
 Finito todo ante tus ojos veo;
 Mas tu orgullo infinito
 A destructores siglos desafiando,
 Se goza avasallando
 Con indomable brio,
 Su palpable y tremendo poderío.

Sigue clavado en medio de ese cielo,
 Ansiando movimiento
 Para volar por el inmenso espacio,

Y por tu mismo anhelo
 De mi alma mide el sin igual tormento;
 Concibe, que si yaces en un punto
 Sin poder recorrer el infinito
 Espacio portentoso,
 Este mi corazon lleno de penas,
 Con impotente brio
 Quiere romper del mundo las cadenas,
 Buscando una ventura que no alcanza
 De mi desierta vida en el vacío.

Preside de los tiempos la pujanza,
 Ya que los siglos domas
 De su vana jactancia por venganza:
 E impasible contempla aqueos restos
 De los grandes palacios que alumbraste
 Allá en remotos climas;
 Que hoy son para la tierra
 Reliquias de grandeza
 Que avara entre sus ámbitos encierra.
 Ya que de monumentos mas antiguos
 Se perdió la memoria,
 No quedando ni el polvo de las ruinas,
 Ni un destello fulgente de la gloria
 De otras generaciones,
 Alumbra lo que existe
 De grandeza y poder en las naciones.

Contempla sin asombro,
 Como de Babilonia el esterminio

Miró sangrienta luna,
 Las guerras de los pueblos con imperios;
 Y á cruentos batallones que miraste,
 En bacanal nefanda discurriendo
 Sobre el escombro de los fuertes muros
 Que altivos derrumbaron;
 Contéplalos, te digo,
 Derribados en tierra, sin aliento,
 Yertos, bordando el campo de sus glorias
 Con lanzas y morriones,
 Con sus cuerpos sin vida y sus pendones.

Búrlate, sí, de la grandeza humana,
 De la gloria inmortal de los imperios;
 Cual nos burlamos hoy de los misterios
 Que con ficcion insana,
 Allá en la media edad nos descifraban,
 Con oscuras y necias profecías,
 Aquellos impostores adivinos
 Que del mundo marcaban los destinos.

Sobre la tierra mira
 El vuelo de huracan de la epidemia,
 Monstruo de los infiernos abortado;
 Hambriento monstruo; monstruo abominable,
 Que con saña implacable
 Sin cesar recorriendo las naciones,
 De las generaciones
 El diezmo devorando,
 Va llanto y luto tras de sí dejando.

Y si tu luz propicia
 No alumbra el porvenir del hombre triste,
 Si una aurora de dicha para mi alma
 Con lumbre lisonjera
 No ha de anunciar tu aparicion al orbe,
 Desplómate en la esfera
 Destruyendo este mundo que me abruma,
 Cual destruye la espuma
 Del sonante torrente
 El huracan potente.

Dicen que en ese cielo
 Un ángel te sostiene noche y dia,
 El ángel de la luz; pues bien, que alumbre
 Con su espíritu audaz el alma mia;
 Que mi espíritu inmenso,
 Que vuela sin cesar por el espacio,
 En los misterios de la fe divina
 Se pierde cual tu frente en la neblina.

¡Flamante sol, admiracion del orbe!
 Responde por favor á mi demanda;
 Dime si frente á frente
 Contemplas de mi Dios la faz gloriosa;
 Si á los que aquí alumbraste, mis mayores,
 Hoy miras en el cielo prometido,
 O si eres la diadema que el Dios fuerte
 Se arrancó con desden de la cabeza,
 Arrojándola al punto en el vacío;

Pobre gala que inmenso poderío
 Despreció, como el grito de la muerte,
 Antes que con su voz dijera al hombre,
 La eternidad contéplala en mi nombre.

¡Sol! orgullo del vasto firmamento,
 Los torrentes de luz que de tu mole
 Brotan constantemente
 Inundando la tierra, no me asombran,
 Y ante tí, yo no doblo la rodilla;
 Y si mi alma te admira cuando inmenso
 En el zenit te ostentas poderoso
 En toda tu hermosura y bizarría;
 Es porque miro tras de tus fulgores
 Del Hacedor la mano
 Que á raudales los vierte en tu cabeza,
 Por dar al ser humano
 Muestras pequeñas de inmortal grandeza.

¡Sol, portento de Dios! ¡Sol que natura
 Adora, como á Dios el alma mia!
 Soy mas grande que tú porque soy hombre,
 Y mi alma de la fe con la energía,
 Con inspirado acento,
 Habla con tu Señor este momento.
 Soy mas grande que tú, porque el Dios fuerte
 Formándome á su imágen,
 Te hizo para delicia de mi vida,
 Y á mí para que fuera

Cuando me abata la traidora muerte,
 En carrera triunfal, con vivo anhelo,
 Eternamente á bendecir su nombre
 En ese mas que tú fulgente cielo.

Tal vez ¡ay! yacerás en el abismo
 De la temible nada,
 Y vale mas para tu altivo orgullo;
 Que si acaso tu frente se levanta,
 Orlada de flamante cabellera,
 A la celeste esfera,
 Será para rodar bajo mi planta.

1851.



MARIANO ESTEVA Y ULIBARRI.



AL IXTACCIHUATL.



MEDITACION.

Placer sublime y religioso inspira
Al corazón magnífica tu frente;
Mi voz para cantarte es impotente,
Y ronco son arranco de la lira.

Lágrima ardiente mi mejilla abrasa
De vergüenza y dolor cuando te miro,
Y triste y melancólico suspiro
Entre mis labios blanquecinos pasa:

Que si el hombre en su orgullo insano piensa
Cantar de Dios las hondas maravillas,
Iguales son para él las yerbecillas
Y la montaña colosal, inmensa.

Ignorancia y error su mente ofusca;
Espeso velo en derredor le envuelve,
Y en vano por romperlo se revuelve,
Y en vano luz en su delirio busca.

Y contrastando con tan vil escoria,
Tu nevada cabeza sube al cielo,
Formándole las nubes blanco velo
Y el sol corona de fulgente gloria.

Aureola de luz tu frente ciñe
Al espirar el sol en Occidente,
Y con su último rayo débilmente,
De oro y violeta tu semblante tiñe.

Coloso aterrador, tú que levantas
A los astros tu espléndida cabeza,
Tú que miras de lo alto con fiereza
La tormenta que gruñe allá á tus plantas....

Respóndeme, ¡oh volcán! ¿has visto acaso
El asiento de Dios? ¿su gloria viste,
La gloria de que inmenso se reviste
Sentado sobre el sol en el ocaso?

¿Cuando vuela cercado de querubes
Recorriendo el extenso firmamento,
Cual el rayo que rueda por el viento
Hasta perderse entre lejanas nubes?

¿En medio de la noche tenebrosa
Levantando su frente de diamante,
Su frente brilladora y rutilante,
Mas que todos los astros luminosa?....

No le viste, ¡oh volcán! verásle un día
Cuando toque a su fin el triste mundo,
Cuando doliente grito, un ¡ay! profundo
Lance al sentir su mísera agonía.

Entonces le verás, verásle armado....
Mas un velo de lágrimas echemos:
La frente entre sus brazos ocultemos,
Piedad tendrá de su linaje amado.

Sigue entre tanto incontrastable, mudo,
Velando por mi patria con tu hermano;
La suerte que le toque es un arcano,
Mas tú serás su defensor y escudo.

De una vírgen las formas encantadas
Sudario triste y blanquecino oculta:
Cuando el sol tras los montes se sepulta,
Se miran sus mejillas nacaradas;

Se pierde el sol, y palidez doliente
De nuevo cubre su semblante hermoso;
Es de la tumba el lúgubre reposo,
Es el sueño que duerme eternamente.

Quando sus formas célicas contemplo,
Su tranquilo ademan, su blanco velo,
Me parece alejarme de este suelo
Como se alza el incienso desde el templo.

Y en éxtasis profundo embebecido,
Calma un instante de mi mente el fuego;
A contemplarte y meditar me entrego
Y lo presente y lo pasado olvido.

1844.



JOSE MARIA ESTEVA.



ADIOS.

Adios, Carolina: el cielo ha querido
Sufriendo en el mundo dejarme sin tí.
Tú al seno, dichosa, de Dios has partido;
Los tristes recuerdos de un bien ya perdido
Me quedan á mí.

En vano procuro de noche á deshora
Llamar, Carolina, tu sombra do quier;
Sorprende en mis ojos el llanto la aurora,
¡Oh Dios! y no escucho tu voz seductora,
La voz de mi bien.

En vano procuro buscar, afanoso,
En Dios el consuelo de tanto sufrir;
Pasó ya aquel tiempo feliz y dichoso....
Perdí, Carolina, perdí mi reposo
Perdiéndote á tí.

¡Ay! era tan dulce tu armónico acento,
¡Ay! eran tan puros tus besos de amor,
Que aun siento en mis labios marchitos tu aliento,
Y, amante, en mi pecho sin paz ni contento
Aun vibra tu voz.

Suspiro postrero del arpa ya rota,
Postrero murmullo del viento al cruzar,
Del canto que acaba la última nota,
Del ave de paso plumaje que flota
Perdido en el mar.

Detente en mi pecho, recuerdo adorado,
Reliquia postrera del bien que perdí;
Detente en mi pecho que sufre agitado,
Sosten en la vida mi paso cansado,
Anímame á mí.

Adios, Carolina: si arcángel del cielo
Contemplas, orando, mi triste afliccion,
Desciende á mi lado, ligera en tu velo,
Derrama en mi pecho la paz y el consuelo,
Derrama tu amor.

Desciende á mi lado. Yo sigo tus huellas:
Sostenme en la ruta del bien que emprendí,
Desplega tus alas graciosas y bellas
Y cubre á tus hijos queridos con ellas,
Y cúbreme á mí.

La senda escabrosa del mundo cruzamos;
La emprenden ¡ay! ellos en pobre orfandad;
En vano á la madre y esposa llamamos,
En vano su sombra querida buscamos
Con triste ansiedad.

Desciende sobre ellos: su tierna existencia
Envuelve en las alas del ángel de Dios;
Resguarda en el mundo su casta inocencia,
Que aspiren sus labios, gozosos, tu esencia,
Que aspiren tu amor.

Yo solo he quedado: del mundo los cuido,
Mas, ¡ay! ¡qué les vale mi afan y mi amor!
¡Qué son los polluelos, si dulce y querido,
De madre amorosa les falta en el nido
El grato calor!

Tal vez en la noche, fugaz, silenciosa,
Cuando ellos descansan tranquilos aquí,
Al lecho en que duermen descienes piadosa,
Acaso en el rayo que arroja, dudosa,
La luna al morir.

¡Ah! sí, tierna madre, yo miro tu sombra
Girar en su torno radiante de amor;
Tu mano á sus plantas les tiende una alfombra,
Tu labio en las noche calladas los nombra,
Yo escucho tu voz.

Desciende sobre ellos; tu tierna existencia
Envuelve en las alas del ángel de Dios;
Resguarda en la vida su casta inocencia,
Que aspiren sus labios, gozosos, tu esencia,
Que aspiren tu amor.

Adios, Carolina: el cielo ha querido
Sufriendo en el mundo dejarme sin tí.
Tú al seno, dichosa, de Dios has partido;
Los tristes recuerdos de un bien ya perdido
Me quedan á mí.

1850.

